

muchacho se mantuvo callado, se echó a llorar. Sentí en ese momento una gran lástima, pero, precisamente por ello, me enfurecí conmigo mismo. El padre Eusebio prefirió mitigar mi exagerado modo de ver las cosas. Hizo salir de su oficina a Pier Luigi y me previno que el muchacho era el único heredero de una familia acaudalada. Su aspecto femenino y sus maneras afables no eran motivo suficiente para expulsarlo del colegio. Yo no debía olvidarme que el papá de Pier Luigi se había ofrecido a servirnos de intermediario para la venta de los navíos estructurados en nuestro ya famoso instituto. ¿No sabía el padre Eusebio que el colegio se construyó con mi fortuna? No quise recordárselo. Cometí, en cambio, el grave error de exigir que el asunto fuese expuesto en el seno del Consejo Disciplinario. Recuerdo casi al pie de la letra el discurso que les eché frente a Pier Luigi que estaba cabizbajo sin atreverse a alzar los ojos. «Créanme que lo siento, les dije, pero es inevitable que este muchacho sea eliminado del colegio. Por sus amores ilícitos con Paul Durgel, lo acuso de su muerte como único y exclusivo responsable. Un instituto como el nuestro no puede permitirse ni el más nimio vestigio de perversión. De modo casi aséptico debemos prevenirnos contra impurezas, gérmenes, microbios. Es necesario erradicar **ipso facto** las impudicias. Recuerden que, según la parábola evangélica, el sembrador, al esparcir sus semillas, procura que ellas no caigan en seco sino en la buena tierra de sembradura que, arada y abonada, las hará germinar asegurándole una buena cosecha de la que él, a su vez, separará los frutos sanos de los agusanados. También nosotros debemos ser prudentes. Descartemos todo germen morboso y disociador. Extirpemos el más mínimo brote de células anárquicas con miras a precavernos contra el cáncer de la maldita sodomía. De manera que, como ya les dije, la única solución para evitar que esta incidencia alcance las proporciones del escándalo es separar de nuestro sano organismo al miembro dañado. Hacer la vista gorda no nos conduce a nada. No hemos debido descuidarnos con Paul Durgel. Sabíamos que era un pederasta y que un obsceno demiurgo dionisiaco lo inducía a la lujuria con niños obsecuentes como Pier Luigi. Aparte de esa grave morbosidad, era admirable por sus conocimientos polifónicos, por su amabilidad, por su increíble versatilidad. En vista de los hechos expuestos yo insisto en que Pier Luigi debe ser expulsado del colegio.» Se decretó enseguida tal sentencia contra Pier Luigi pero éste, sintiéndose perdido, se echó a llorar y me acusó de la muerte de Durgel. Él fue testigo de la tragedia. Pier no estaba seguro de que yo hubiese empujado a Paul, pero lo cierto era que hallándome junto a él, no sólo no evité su caída sino, además, la silenció. Me fue imposible negar esa evidencia. No tuve más remedio que someterme

al criterio del consejo y, al darme cuenta de su lógica indecisión, recordé que ante todo debía salvar el prestigio del colegio y acepté como autocastigo el cargo honorario de capellán en el penal de San Lucas. Lo hice de acuerdo con la Curia, que prefirió echar tierra sobre el asunto evitando los trámites legales y, de paso, el escándalo. Allí fundé un taller y di lecciones de técnica naviera. Mi sotana y mis barbas servían de valladar contra cualquier irrespeto de los presos cuya frecuente sodomía era odiosa. Por desventura para mí, unos reclusos hicieron un navío según mis planos y lograron fugarse del penal. Fueron astutos. Nadie los vio alejarse de la isla. El comandante director del presidio me echó la culpa. Se había enterado de mi complicidad en la trágica muerte de Paul Durgel y resolvió tratarme, desde allí en adelante, sin consideraciones. Providencialmente Dios me salvó pues llegó a tiempo la noticia de la guerra de Coto. El presidente de la República solicitaba voluntarios. Me ofrecí como capellán castrense. Me aceptaron entre los que ostentaban el rango de oficiales. Fue así como inicié mi carrera militar, carrera finiquitada en sus inicios pues las lanchas en las que nuestras tropas se acercaban a Coto, sorprendidas en hábil emboscada, cayeron en poder del enemigo tras inútil y heroico tiroteo. Afortunadamente las balas fueron pocas como asimismo no de excesiva gravedad los heridos. Ahora viajamos hacia un destino incierto. Alguien, a mis espaldas, acaba de decir que ya estamos llegando a la isla. ¿Será otra isla como la del penal?

X

Luna de miel en La Marina

Por más intentos que hizo, válgame Dios, Hipólito no pudo realizar plenamente su acto sexual con Cándida. Ni durante la ansiada luna de miel, pasada en la ciudad, frente al mar, en un amable hotelito denominado La Marina ni en los días subsiguientes cuando ya se instalaron debidamente en el antiguo caserón de los Lípero recién enjalbegado.

Cándida dio en imaginarse que el fracaso se debía a ella, claro, por mi púdica forma de comportarme. Mi miedo del Infierno, qué le vamos a hacer, Virgen del Carmen, si me educaron para monja, o si por el contrario la incompetencia era de Hipólito puesto que ambos se hallaban en situación idéntica, pues si ella no cumplió con su promesa de convertirse en monja, también Danilo Hipólito dejó en cierta manera sus hábitos traicionando a la brava su vocación religiosa lo cual seguramente le ocasionó un conflicto psicológico.

La ira de Dios se hizo notoria desde el principio en diferentes presagios en los que uno tras otro quiso el Señor manifestar su inconformidad con esas bodas que eran una flagrante traición contra Su Reino. La evidencia de ello fue la caída de Marino del gabinete, la grave enfermedad del Padre Brito y el ataque de uremia de la señora Cris. Todo ello hacía que Cándida temiera la cólera divina, túrbala San Jacinto.

La incumplida promesa de Marino de apadrinar las bodas y el imprevisto viaje del capellán a España para que le atendieran el cáncer que prometeicamente le roía los pulmones hicieron que nuestra buena Cándida se volviera a sentir desamparada o a merced de las olas y al paio.

A toda costa quería ocultarle al Ñopo su gravidez y evitar cualesquiera de sus feroces exabruptos, pero sabiendo que era inútil querer tapar el sol

con las manos era mejor apresurarse porque el asunto iba **in crescendo** y, a poco más, ni el mismo corset iba a servirle de tapujo.

Puestos de acuerdo con Plácido Ladera, los novios le hicieron ver al Ñopo la conveniencia de celebrar cuanto antes por lo menos el matrimonio civil, cosa que a éste le pareció de perlas pues le urgía disponer lo antes posible de los conocimientos de Hipólito con derechos de propiedad para poner a flote su malparado negocio de las barcas.

La ceremonia la ofició Papa Chente en la casona sin mucha concurrencia. Los testigos fueron Ladera y Nino Olaya. De inmediato ambos tórtolos hicieron viaje a la ciudad capital con la esperanza de complacerse mutuamente en la anhelada luna de miel.

En un destartalado carruaje tirado por un rocín anémico hicieron un largo recorrido por la ciudad viendo rincones y edificios que Hipólito aún no conocía. Cuando el cochero, que era italiano y charlatán, no hablaba. Cándida le servía de cicerone. Tras una hora de recorrido pasando por la famosa Calle de las Damas o de las putas y por los fumaderos de opio, se detuvieron en una fonda china que olía a frituras y a mugre.

Mientras servían la cena, bebieron varias copas de moscatel que después combinaron con vino blanco por sugestión de Hipólito quien, respetando la sobriedad y el estado de Cándida, prefirió trasegar copa tras copa brindando a la salud de la criatura en ciernes.

Esa primera noche fue fatal para Cándida pues Hipólito se sintió estragado y devolvió los raros manjares chinos entre lágrimas, estertores y bascas que, recordándole su acentuada preñez, la obligaron, alabado sea Dios, a la cordial reciprocidad de manera que en su primera cita conyugal Cándida no tuvo más remedio que servir de enfermera, de madre y de sirvienta pues se pasó dos o tres horas lavando sábanas y pisos.

En las noches siguientes, Cándida notó al esposo deprimido, mortificado no solamente por su fallida iniciación sino porque tomaba ese pretexto para evitar todo posible juego erótico dando a entender que se sentía como humillado y desde luego impedido a ejecutar la mas sencilla demostración sexual.

En noches subsiguientes probó de nuevo el vino sin ingerir comida o viceversa y aún se sirvió de afrodisíacos sin resultado alguno.

—Ahora comprendo que te sacrificaste sólo para salvarme del escándalo —le dijo Cándida una noche al darse cuenta de que todo era inútil—. Tú

eres sencillamente un religioso y seguirás siéndolo. No has debido casarte. Fue un grave error. Quiero que sepas que te agradezco lo que hiciste y que estoy dispuesta a concederte el divorcio apenas salga de esta forzada gravidez.

—Tal vez tengas razón —repuso Hipólito—. Es posible que sea mi vocación religiosa lo que inhibe. Desde pequeño me forjaron en los crisoles del horror al pecado. Yo debía ser para los míos nada menos que un caballero de la fe, pero acuñaron una moneda falsa. La alquimia no da oro si no existen los elementos necesarios. No bastan los broqueles ni los crisoles. Hacen falta la magia y el poder de los dioses. Para mi nueva fundición se hacía imperiosa la alianza contraída contigo. Tus elementos puros son los que pueden redimirme.

—¿De qué?

—De un gran pecado. Dios me está castigando por mis antecedentes de una vida de oprobio y de ignominia.

—Siempre he leído que los santos acostumbran culparse de nimiedades. Tal vez sea yo la responsable de lo que está pasándote por mi falta de malicia en la alcoba. Soy demasiado casta y ruborosa. También mis tías se empecinaron en educarme sólo para ser monja.

Recordando a una amiga de colegio que acostumbraba embellecerse con afeites postizos, Cándida se ingenió para ir a verla. Fue a hacerle una visita. La halló casada y rica. Le expuso sus problemas y ella le aconsejó coqueterías y hábiles sutilezas aparte de atinados retoques y esencias excitantes. Ahora están muy de moda las **baby doll**. Usa una.

Debidamente perfumada y embellecida se le insinuó esa noche a Hipólito en el cuarto del hotel vestida apenas con una blusa transparente tan indiscreta que descubría el secreto de sus formas desnudas; pero al notar que Hipólito reaccionaba a la inversa se avergonzó de haber actuado de manera pueril y sin sentido.

—¿Por qué motivo te enfureces? Sólo quise ayudarte.

Sin rencor, sincerándose, él le dijo: jamás he soportado a las mujerzuelas. Cuando era joven, nunca logró excitarse en los burdeles. Lo menos que él anhela es que Cándida se muestre lasciva sino al contrario, la desea casta, la prefiere más igual así misma y a su nombre. La quiere cándida y aún más, quisiera verla como a una monja. Tal vez si ella se pusiera los hábitos

que tenía preparados para su entrada en el convento, sí, a lo mejor ese recurso ¿podría excitarlo?

Cándida llegó a la conclusión de que su esposo Danilo Hipólito era víctima de un serio conflicto psicológico causado por su inflexible fe religiosa, pues insistía en decir que Dios deseaba probarlo como a Job, con la sensible diferencia de que Hipólito, sintiéndose culpable, quería el perdón de sus pecados. Puestos de acuerdo, Cándida y él resolvieron ir al templo a rezar y esa misma mañana visitaron la catedral capitalina. Oyeron misa después de haberse confesado. Comulgaron. Hipólito le suplicó a la Virgen elevación, templanza y fortaleza. Cándida prometió ser signo cáliz de la oblación.

Púdica y casta, como él deseaba, lo esperó ella esa noche bajo las sábanas temblando de impaciencia.

Mientras ella, rezando, ofrecía mandas para que se cumpliera el prodigio, él, en el baño, se preparaba a entrar en acción. Hizo primero ciertas maniobras lúbricas en forma de ejercicios que no eran precisamente espirituales como los exigidos por San Ignacio de Loyola; por rara asociación pensó enseguida en que Felipe, de haberse hallado en su lugar, desnudo y listo para montar a Cándida, se habría excitado briosamente como un caballo sin manoseos ni pendejadas. Se vio enseguida transformado en Felipe, desnudo allí en el baño con el baladro erecto y, como cosa de magia, sintió de pronto que Dios hacía el milagro de la levitación. Loco de júbilo, feliz y agradecido, se apresuró a llegar cuanto antes al lecho, pero la estancia estaba a oscuras y, andando a tientas, febricitante, dio un tropezón con una silla, maldita sea, llegó a la cama, sintió el suave contacto, la morbidez de Cándida e intentó poseerla cuando sintió de pronto que su erección, desfallecida, fue desinflándose hasta quedar marchita como un moco de pavo. Enfurecido, no pudo más y se soltó en copioso llanto vociferando y blasfemando contra Dios y la Virgen.

Cándida lo sorprendió una noche masturbándose y se sintió indefensa frente a algo que no lograba comprender. Había un misterio que ella hubiera deseado descifrar, pero creyó prudente no comentarlo con Hipólito por miedo a ser juzgada como una vulgar e insensata fisgona.

Pensó que era oportuno consultar a un psiquiatra, pero cuando ya estaba en el hospital solicitando el examen se dio cuenta de que era inoportuno e imprudente lo que iba a perpetrar a espaldas de Hipólito. Prefirió hacerse

ver de un ginecólogo que la felicitó por su admirable adecuación al proceso de la maternidad. Mejor se habría sentido al recibir una noticia nefasta relacionada con la vida del feto, pues fue en ese momento cuando valorizó la gravedad de lo que significaba para ella tener un niño negro de ojos garzos, no por discriminar a la criatura sino porque, para evitar el escándalo, tendría que deshacerse de algo que ya estimaba. Debía confiarlo a extrañas manos y ocultarlo, negarlo de por vida. Mejor era el aborto, pero no se atrevió a decirle al médico la verdad ni a proponerle lo que efectivamente habría deseado, pues casualmente en ese preciso instante el facultativo se complacía elogiando su no frecuente caso de adaptación a la preñez siendo como era primeriza.

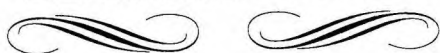
Con todo y eso la enervaba la idea de estar encinta de Felipe. Conversó con Hipólito sobre sus dudas. Siendo ellos dos de raza blanca no se justificaba un hijo negro, sobre todo si por tener los ojos zarcos todos sabrían que era hijo de Felipe.

Hipólito logró disuadirla de aquel aborto. Era un crimen que prohíbe la Iglesia. El niño debía nacer de todos modos. Se irían de viaje a algún país vecino. La crianza del neonato podrían encargársela a una buena nodriza. Nadie tendría por qué enterarse.

Terminada la ineficaz luna de miel, Cándida e Hipólito regresaron a la isla, y a pesar de que, de común acuerdo con el Ñopo, él enseguida se dedicó a las naves, no por eso disminuyó su angustia que cada día seguía en aumento según los cálculos de Cándida. A veces se entretenía charlando con el Ñopo más de lo necesario, pues éste, entusiasmado con la feliz noticia de que iba a ser abuelo, brindaba por el nieto a cada instante y hacía beber a Hipólito más de la cuenta. Desinhibido por el alcohol, Hipólito volvía a la casa canturreando a altas horas de la noche y sólo en ese estado de semiconsciencia lograba ciertos éxitos eróticos con la esposa y en esos intervalos de total ebriedad lamentaba la ausencia de Felipe a quien amaba como a un pariente próximo. Cándida lo escuchaba a veces sollozando porque anhelaba hacer las paces con el negro del diablo.

Cándida comenzó a sospechar que el meollo de la angustia de Hipólito era el remordimiento por haberse casado con la mujer que iba a ser madre del hijo de Felipe. Al hacerlo, ha traicionado al amigo. Precisamente por eso no quiso hacerse cómplice del aborto. Para Hipólito, Felipe es como un hijo pues lo forjó enseñándole un oficio y lo supo encaminar. Se encariñó con él y ahora lo necesita al lado suyo. Lo ama.

DECÁLOGO DÉCIMO



Cairote pudo haber sido el sátiro

Cándida sentíase culpable. Cada noche soñaba con Felipe imaginándose poseída por él. Sufría pensando que al dormirse gozaría en brazos del amado adulterando sus bodas con Hipólito.

Para librarse de aquel íncubo rezaba pero el fantasma era obsesivo, la subyugaba.

Vivía en una continua zozobra. Sí, deseaba ser penetrada por un auténtico hombre y ese hombre era Chompipe.

Atormentada, trataba de indagar el origen de tan lúbrica idea. Presentía que la única posible respuesta o significado de sus obscenas pesadillas tenía mucho que ver con el estado de inconsciencia durante el cual estuvo semiahogada tras el infausto accidente de la poza en el instante en que fue infamemente poseída. Odiaba a Pipe por haberla violado y, aun así, lo deseaba. Este constante contrapunto de ideas la atormentaba pues, temiendo la presencia del negro, comprendía que la única manera de calmar la ansiedad que sentía Hipólito era, sin duda alguna, logrando que Felipe regresara al taller.

Faustina fue quien hizo de mediadora, pues Cándida no soportaba a Chon Candela.

Felipe regresó a trabajar en el taller y su vuelta calmó el desasosiego de Hipólito quien, desde luego, ya no volvió a sentirse incómodo y, sin remordimientos de conciencia, pudo dormir tranquilo a pierna suelta. La reservada actitud de Cándida con respecto a Felipe le pareció prudente y adecuada.

Felipe, en cambio, no lograba entender esa reserva de Cándida. Por lo común, ella no entraba en el taller. Hipólito y Felipe trabajan casi sin pronunciar palabras que no fueran estrictamente necesarias.

De vez en cuando, Cándida les llevaba algún refresco de piña o de guanábana; lo dejaba sobre la mesa y, sin proferir saludo alguno hacia Felipe, volvía a encerrarse en su recámara.

Siguiendo esa costumbre, llevó ese día una jarra con jugo de naranjas, y disponíase a volver a sus quehaceres cuando Felipe, que estaba solo en el taller (¿dónde diablos se habría metido Hipólito?) la interrogó prudentemente sobre el inexplicable cambio de ella con respecto al tratamiento cordial que antes le daba. Cándida miró hacia todos lados extrañada de no ver a su esposo y al convencerse de que efectivamente no estaba en el taller hizo el intento de retirarse pero, más ágil que ella, Felipe se interpuso y casi de modo brusco le exigió una respuesta satisfactoria.

—Sé que aún sigues culpándome —le dijo— por el triste accidente de Dalila, pero esta vez parece que me culpas de algo tan grave como aquello y más reciente. ¿De qué se trata? No sé si me rehuyes porque te sientes confundida e incómoda o porque te imaginas o sabes cosas que desconozco.

Al sentir desagrado por la desfachatez de Felipe, Cándida no pudo resistir tanto cinismo y arguyó:

—No tuve más remedio que recurrir al matrimonio para ocultar tu infamia y evitar el escándalo. Recuerda. Aquella tarde me violaste. Me di perfecta cuenta de que tú fuiste. No lo niegues.

—¿Yo? Nunca —repuso él asombrado—. Si yo no hubiera estado en la poza te habrías ahogado. Comprendo que hice mal en aguaitarte. Fue sólo por admirar tu cuerpo. Cuando te vi en peligro de muerte recordé que a Dalila no la pude salvar y que la pobre se ahogó también desnuda por causa mía. Por eso aun comprendiendo que preferías morir por evitar la vergüenza de que yo manoseara tu bellísima piel, no tuve más remedio que echarme al agua para evitar que tú también murieras por mi descuido. Mi culpa y mi deber fueron la audacia de aguaitarte y la de haberte salvado para lo cual fue necesario tocarte. No te puedo negar que me excité. Lo estaba ya por sólo el hecho de haberte contemplado sin ropas. Para colmo de males yo me había desvestido porque asimismo iba a bañarme en la pocita. Cuando te vi tendida frente a mí, desnudita, tuve deseos de hacer lo

que supones. Soy pura carne. No lo niego. No te habría respetado. Dios me brindaba la más hermosa y única oportunidad de hacerte mía. Parecías muerta pero ni eso me habría importado mucho. No era yo, era mi cuerpo el que de modo imperioso me exigía poseerte. Fue entonces cuando escuché el silbido de Cairote jumado. Sabía que era él porque silbaba **yes we llave no bananas**. ¿Qué hacer? Parecías muerta. Me había visto obligado a golpearte para que me soltaras porque, aferrada a mi garganta, no me dejabas respirar y estaba ahogándome. Confieso que me sentí culpable. No quería ir a la cárcel como mi tata. Tuve que abandonarte allí, desnuda, yerta, desvanecida. Yo sabía que los síncope te daban con frecuencia debido, como decía don Plácido, a tu clorosis, al empobrecimiento de tu sangre por la falta de hierro. Por eso siempre fuiste tan pálida. Sabía que tu desmayo no tardaría en pasar. Aun así tuve miedo de que Cairote me culpara de un crimen de violencia lasciva y, aferrando mi ropa, me escapé monte arriba entre las hojas del matorral. Esa noche me embarqué con los buzos.

—Sí, claro —dijo Cándida—. Ya sé que huiste a San Miguel. ¿Remordimientos?

—Te aseguro que yo no te he violado, pero si huí por miedo. Sentí terror de que Cairote me mandara al Penal donde mi tata estuvo encarcelado desde que yo era un niño. Soy inocente de eso que me atribuyes. No te hice mía. Lo juro.

—Pero yo estoy encinta.

—No de mí. Tú bien sabes que el paco silba esa tonada cuando ha bebido mucho. Siempre que está borracho se vuelve un animal y es lujurioso como un caballo en celo. Te vio desnuda allí a su alcance. Ni se dio cuenta de lo que hizo. Cairote pudo haber sido el sátiro.

—¿A su edad? Imposible.

—Sé que aún es hombre fuerte, resistente y rijoso.

—Mientes, Felipe. Creo que mientes. Siempre has mentido, Pipe. Todo me hace pensar que el hijo es tuyo. Necesito abortar. Si estoy casada con Hipólito no es justo que mi primera preñez del matrimonio con él sea para darle un hijo negro. No te ofendas ni pienses que deseo discriminarte pero procura razonar y compréndeme. Mi esposo actual es rubio y el hijo será prieto. — Si él se ha sacrificado, si ha colgado los hábitos impulsado tan sólo por su buen corazón y por el simple deseo de protegerme y evitar